

Red de Asociaciones Analíticas y Publicaciones Periódicas (AAPP)

Seminario Anual

¿Hacia dónde va el malentendido analítico?

-De la agudeza que hay en la lengua- (*)

Por Christian Gómez

Introducción

Agradezco al Consejo de Enseñanzas por brindarme la posibilidad de inaugurar este nuevo año de trabajo, en esta ocasión junto a María Inés García Urcola, quien también ha querido estar presente en esta mesa.

Interrogar la experiencia analítica —algo que decíamos, en términos similares, hace un año en La Plata al iniciar aquel ciclo— sigue siendo la impronta del programa que hoy presentaremos. Con una diferencia que quisiera señalar desde el comienzo:

Van a ver que el programa se organiza en torno a tres ejes, cuya lógica espero poder desarrollar a lo largo de esta presentación. En cada uno de ellos se despliegan unos siete u ocho subtítulos. La propuesta —o, mejor dicho, la sugerencia— es que, en cada clase, docentes y comentadores encuentren un recorrido posible que atravesase los tres ejes, algo así como un método de lectura que se desplace —según lo que cada clase decida plantear— por cada uno de ellos.

Insisto: se trata de una sugerencia de trabajo. Esto implica que también es posible optar por detenerse en uno o dos ejes, sin necesidad de recorrerlos todos. Por eso decimos que no hay pretensión de exhaustividad. El programa no pretende agotar los temas, sino más bien señalar posibles modos de lectura. Y claro, siempre es posible inventar otros.

En esa misma línea, la bibliografía propuesta es mínima, justamente para que los propios docentes puedan ir sugiriendo otras lecturas a medida que el trabajo avance. A mí me parece que se trata, en efecto, de un verdadero trabajo de seminario, donde a partir de una orientación general, cada docente puede poner en juego un modo singular de leer, de interrogar, de localizar aquello que le interesa, eso que le hace cosquilla.

Para quienes quizá se acercan por primera vez a la Red, quisiera decir que este presente que hoy nos convoca —y que reúne a muchos de nosotros— es el efecto de más de dos décadas de trabajo sostenido, de estudio —me gusta esta palabra— y de práctica del psicoanálisis en torno a la enseñanza de Enrique Acuña.

Los invito a recorrer conmigo el programa que figura en el boletín *Ring!* N° 30. Tal como puede leerse allí, el recorrido propuesto implica un desplazamiento: un desplazamiento que puede rastrearse en la propia enseñanza de Lacan, desde el acento inicial puesto en el sintagma según el cual el inconsciente está estructurado como un lenguaje —lo que orienta, fundamentalmente, los años de lectura a la letra del texto freudiano— hasta el giro que introduce la noción de goce, eso que se presenta como irreducible al significante, como lo que no puede ser del todo atrapado por él.

En ese desplazamiento, Lacan introduce también una expresión que conviene escribir así, toda junta: *lalengua*. El inconsciente, dirá, es una elaboración de saber sobre *lalengua*. ¿Qué quiere decir esto?

Por último, quisiera dejar planteada una pregunta que recorre todo el programa: ¿hacia dónde? ¿Hacia dónde se orienta el malentendido analítico? Es decir: ¿hacia dónde es conducido un análisis?, ¿cuál es su fin, su finalidad? Pero también: ¿hacia dónde va el psicoanálisis como discurso? Jacques Lacan lo ubicó como el último en llegar, luego del amo, el universitario y el histérico: el discurso analítico. Enrique Acuña dejó algunas sugerencias para pensar esto en su curso *Quo vadis homo sapiens. Psicoanálisis y cuerpo*, dictado en agosto de 2021.

Si entendemos que estos discursos —que Lacan procuró presentar sin palabras, es decir, como letras escritas en la pizarra: un esfuerzo de formalización que lo llevará a afirmar que *todo discurso es semblante*— operan sobre un real que escapa, entonces el porvenir del psicoanálisis dependerá justamente de eso que se escapa. De allí, entiendo, que Lacan sostenga que el “éxito” del psicoanálisis depende más bien del modo en que falle respecto de eso que llamamos lo real. Oscar Masotta lo decía de otra manera: hablaba del “resguardo de la falta”, o incluso formulaba que “el descubrimiento freudiano es el siguiente: cuando cae el último velo, solo hay allí un objeto indecible”.

El subtítulo de este programa contiene una afirmación sugerente: hay una agudeza (*Witz*, chiste) en *lalengua*. ¿Es esto reversible? ¿Podemos decir que algo de *lalengua* se pone en juego en el chiste? Freud lo sugiere. Pero formularlo de este modo implica comprometer una cierta idea del fin del análisis: ese pasaje desde el goce de *lalengua* de cada uno hacia un decir que logre resonar en otros. Esta cuestión conlleva una precisión no menor: no toda agudeza necesariamente pone en juego *lalengua*, y, a la inversa, hay juegos homofónicos opacos que no resuenan más que para el hablante, que goza sin saberlo.

Se imbrican así los dos acentos que, en este recorrido, situamos en la enseñanza de Lacan: por un lado, el sentido, su desplazamiento, ese paso de sentido. Por otro, el placer que comporta, propio del decir agudo y el gozar silencioso de un sonido. O más bien el placer que se cuela en lo fónico más que en el sentido, en la homofonía, más que en el equívoco semántico propio del chiste.

Para introducir esta problemática, comentaré las tres citas que estructuran el argumento del programa (**)

Hacer agudeza con *lalengua*

Lacan utiliza esta expresión en una conferencia pronunciada en Saint-Anne en el año 1971, en el marco de un juego del se se servirá desde entonces entre *Lalande* (diccionario de filosofía) y *lalangue* (*lalengua*). La primera de las citas a la que quiero referirme corresponde al párrafo inicial del texto que, en *Otros escritos*, aparece traducido como *Lituratierra*. Se trata de un escrito que Lacan entrega, ese mismo año, a una revista literaria dedicada al tema literatura y psicoanálisis.

Ese título —sin que me detenga aquí a comentar el texto en su conjunto— podría pensarse construido al modo del “famillionar” freudiano, ejemplo *princeps* a partir del cual Lacan, hacia 1957 —es decir, unos quince años antes—, lee las formaciones del inconsciente. El Witz (agudeza, ocurrencia, palabra ingeniosa) es allí modelo, tal como señala Oscar Masotta.

Este señalamiento que propongo, de algún modo, tiene un aire masottiano, en la medida en que se trata de algo que uno está “en vías de conquistar”.

Se trata aquí de una suerte de condensación que da lugar a la formación de una nueva palabra: *lino*, *litura*, *liturarius* —términos provenientes del latín—, cuyas posibles traducciones incluyen: tachar, friccionar (evocación a nuestra revista), borrar lo escrito, enmendar. Lo que está en juego es la función de *tachar*, del trazo que opera como marca, y que Lacan, en este momento de su enseñanza, le adjudica a la letra: aquello que se escribe pero no se interpreta.

No obstante, esa letra cumple una función que Lacan define como *litoral*, resonancia que emerge entre *litura* y *litoral*. Este término no remite a un límite tajante entre interior y exterior, sino que apunta más bien a una marca que se inscribe entre elementos heterogéneos, sugiriendo la existencia de una superficie continua más que de una frontera divisoria.

Así Lacan justifica su palabra: *lituraterre*, que además es una trasposición de letras (*Lituraterre-literature*). Con ese juego de palabras es posible hacer agudeza, dice. La trasposición es un juego que permite obtener una nueva configuración a partir de las mismas sílabas o palabras, pero produciendo un efecto nuevo de burla o humorístico. Dice: “...la trasposición de letras recae en los labios, la inversión en el oído” (*Lituratierra. Otros escritos*. Paidós. pág. 19)

Allí, dice, fue a parar Joyce (esto es anterior al *Seminario 23*, estamos en 1971) con su *a letter*, *a litter* (una letra, una inmundicia, una basura). Esto le va a permitir a Lacan jugar con la expresión alemana *Umwelt*, tomada de Uexkull. Hay un artículo en la Revista *Fri(x)iones*

- entre el psicoanálisis y la cultura- N° 11 de Leonardo Vera sobre la expresión *Lituraterrizar*, el inmundado, la contaminación, etc.

Esa solución, eso que James Joyce hace con la lengua inglesa (¿podemos retomar la expresión de Oscar Masotta, aquella de la destrucción de la significación?), hacerle decir cualquier cosa a la lengua, y que además algo goce en ello, es lo mejor que puede esperarse de un psicoanálisis en su fin. Aun cuando Joyce no haya atravesado una experiencia analítica — pese a que le fue ofrecida por una mecenas *mecenes-messe-haine*: misa, odio—. La homofonía predomina por sobre el efecto de significación propio del significante, en sentido estructuralista. De allí que Lacan distingue la letra de *Lituraterrizar* de la letra de “La instancia de la letra...” como soporte material del significante en sus efectos de significación. La carta, para evocar *La carta robada* de E.A. Poe, es aquella de la cual se hurta su contenido. No sabemos qué dice allí.

Lo interesante es que *lalengua*, que es el término que Lacan inventa para designar este modo de gozar del ser-hablante, primero respecto a la significación y a cualquier otra función, requiere la escritura. Es decir, cierto corte en lo fónico.

Es aquí donde se trata no ya del inconsciente estructurado como un lenguaje sino del inconsciente como una interpretación, incluso una elaboración, un saber montado sobre esta *lalengua*, esta cuestión es tomada por Lacan en el *Seminario 20: Aún* (1974) y en *La tercera*, conferencia en Roma en un congreso de la Escuela Freudiana de París.

Entonces, se trata de situar esto: que Lacan llega a ese punto donde lenguaje y cuerpo (el cuerpo hablante) son, digamos así, aparatos de goce. Y es eso lo que circunscribe la experiencia analítica llevada a su fin.

Con ello es posible que se haga agudeza.

Un significante nuevo

Veamos ahora la segunda cita.

¿Qué es lo novedoso aquí sino el acento que Lacan pone en el goce como eso que ex -siste? Quiero decir, ¿Podemos poner en tensión todo esto con lo que Jacques-Alain Miller dice que es la operación de Lacan a partir del chiste? Hay allí una política, que podemos distinguir de la administración de lo que ella implica.

Al final del análisis adviene un nuevo decir que no es el de la retórica, sino que está hecho como el “famillionar” freudiano (el ejemplo, tomado de Heinrich Heine con el que Freud empieza su trabajo sobre el chiste), quiere decir que tiene la estructura del chiste. Lo único que podemos esperar en un análisis es un significante que escape al código. Sin embargo, no se trata de la creación ex-nihilo sino de la invención. La potencial equivalencia o diferencia

de esta afirmación con la otra a la que me referí anteriormente respecto a Joyce: “este fue derecho a lo mejor que puede esperarse de un análisis en su fin”, es lo que queremos poner al trabajo.

Miller señala otra cuestión. Lacan se interesa, en los años 50, por la combinatoria significativa como primera respecto de los efectos de significación. No por la ganancia de placer que es para Freud la razón misma del chiste: es un modo de obtener placer, incluso de algo displacentero. El retorno del goce, dice Miller, ocupará la otra vertiente de su enseñanza.

Seguimos un poco esa pista. Voy a volver sobre el ejemplo que da Freud.

H Soledad del *sinthoma*

Por último, tomamos un fragmento del texto que cierra el libro de Enrique Acuña resonancia y silencio-psycoanálisis y otras poéticas que, creemos, conjuga un poco estas cuestiones planteadas:

¿Qué quiere decir que la extensión de la cadena significativa se hace agudeza? Enrique Acuña recita fragmentos de *The rape of the loke* de Alexander Pope, poeta inglés a partir del cual Lacan habla nada más y nada menos que del estilo. Paradoja y parodia de un rizo, metáfora de esa exclusión interna del objeto que se recorre en torno al sonido (la homofonía), donde la letra forcejea una torsión sobre *lalengua*. Allí no se trata de la interpretación sino de una solución, el *sinthome*, pero que implica ver si esa soledad sonora resuena en otros. A partir de un fragmento de un texto de Germán García va a plantear la cuestión de si esa soledad sonora del *sinthome*, en su trayecto, es capaz de resonar en otros a partir de un método para cada hablante.

Por último, la soledad freudiana (el espléndido aislamiento) es correlativa al deseo de transmitir la novedad.

Retorno a Freud, para finalizar

En el punto 5 de la parte B (parte sintética) de su libro sobre el chiste: Los motivos del chiste, el chiste como fenómeno social (es decir, del otro lado del inventor solitario), dice Freud que puede ser que la ganancia de placer no sea el único motivo, aunque para él es motivo suficiente. y agrega la pregunta por las condiciones subjetivas del chiste.

Entonces dice: La elaboración del chiste es un excelente medio de extraer placer de los procesos psíquicos, más no todos los hombres se hallan igualmente capacitados para servirse de él. Hay algunos de los cuales se dice que “tienen chiste” (recordemos: agudeza, palabra ingeniosa), incluyendo (este es un lindo tema para desarrollar) el chiste como una potencia del alma, pero independiente de las otras: inteligencia, memoria, etc. Sin embargo, no es

sencillo reconocer las condiciones subjetivas de un chiste. Salvo el ejemplo de Heinrich Heine y su “famillionar”:

“Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy famillionariamente”. Así dice el Hamburgués Hirsch-Hyacinth, ayudante del Varón Cristoforo Gumpelino.

Freud ve en Hirsch-Hyacinth una máscara del propio Heine, incluso una autoparodia. Hay una serie de sustituciones en torno a la letra H (que es también la del texto de Enrique Acuña: H, Soledad del *sínthoma*), el poeta sustituyó su nombre, Harry, por el de Heinrich (Enrique, en español). Su tío, el millonario Salomón de cuya hija el poeta se enamora, es rechazado, etc. Tratado con desdén. Esa serie de desviaciones se ponen en juego en la salida ingeniosa del famillionar.

La otra cuestión tratada por Freud tiene que ver con su diferencia con lo cómico, la comicidad. Nadie se contenta, dice, con hacer un chiste solo para sí. A la elaboración del chiste se halla indisolublemente ligado el impulso a ser comunicado. Ahí está la diferencia con lo cómico. El chiste no finaliza con su elaboración sino con su comunicación. Hay una ganancia de placer en comunicar el chiste, pero no se confunde con el efecto hilarante que produce en el oyente.

De modo que cuando se trata del chiste, la agudeza, hay una estructura de tres. Quien relata habla de otro a un tercero y es en ese tercero donde se produce esa ganancia de placer que es la hilaridad, aquello que resuena.

Para finalizar, Shakespeare citado por Sigmund Freud: “el éxito de un chiste depende de quién lo oye, no de quien lo dice”.

(*) Intervención en la clase inaugural del Seminario Anual de la Red de Asociaciones Analíticas y Publicaciones Periódicas-AAPP- ¿Hacia dónde va el malentendido analítico? – De la agudeza que hay en el síntoma. Buenos Aires, 26 de abril de 2025. Con la participación de Inés García Urcola. Publicado en: Ring! - El despertar de cada Uno en Red- Boletín Virtual de la RED AAPP, n° 30 abril 2025.

(**) Link al Programa y Argumento: <https://www.facebook.com/share/16ULhVk7MU/>